

**Seudónimo: Karenina.**

**Título: Marcela**

Marcela era conocida por ser la chismosa del pueblo. Era muy fácil encontrarla en cualquier lugar hablando rumores de la vida de los demás. Los vecinos la toleraban, después de todo, ella les daba chisme gratis de vez en cuando. Y bueno, hablando claro Antonio y Antonia también eran chismosos, pero como nuestra amiga Marcela ninguno.

Vivir en una burbuja es extremadamente sencillo y así vivía nuestra protagonista. Siendo “lengua-suelta” y viviendo de los pesares de otros. Dile karma, yo le llamo las consecuencias de tus actos, pero el final a su “reino de maldad” terminó.

San Bartolo de Fátima II de la Concepción Purísima de Nuestra Señora Virgen María fue el pueblo que la vivió toda su vida y le vio padecer su final. El suplicio inició un día lunes. Como en cualquier inicio de semana salió con una gran bolsa en mano y con su buen semblante hacia su panadería de confianza. Le encantaba a primera hora de la mañana dar esa caminata habitual para luego llegar a su casa y servirse dos grandes panes de mantequilla acompañados de un rico jugo de fruta de estación. El desayuno diario, habitual que nunca se había llegado a cansar.

Mientras caminaba, ese día sus pensamientos iban rodeados del viaje que su esposo haría en unas semanas. Tenía que dejarlo todo preparado. Juan era... Juan. Genuinamente no había mejor manera de describirlo. No era muy social, ni conversador, nada. No tenía ese encanto que a Marcela le sobraba. Constantemente eclipsado por la imagen de su esposa, Juan era irrelevante.

Pero a pesar de eso, de ser como el agua y el aceite, completamente opuestos, ya llevaban varias décadas casados.

Él mantenía un perfil bajo. Ella, obviamente, no. Entonces las personas constantemente se quedaban asombradas al ver que alguien tan desagradable para muchos podía ser tan feliz. Marcela hacía oídos sordos a las críticas. Pero todo valía la pena, amaba a ese viejo.

Aunque podría ser extraño porque su marido viajaba solo sin ella, en realidad ella estaba muy complacida de que hiciera ese viaje. Cada cierto tiempo Juan visitaba a sus primos que vivían en la ciudad. Pipo se había casado con Leonor, una chica fuera de su alcance que sin importar otras opiniones se dejó enamorar por el menudo y tímido chico de campo. Desde entonces vivían casados ahí con muchos

hijos ya profesionales.

La razón principal por la cual Marce quería que él fuera a casa de ellos dos no era porque les caía muy bien. Incluso nuestra protagonista ya sospechaba que no era del completo agrado del matrimonio. Quería que fuera porque la mano de la esposa en la cocina completamente daba placer en la boca.

De vez en cuando acompañaba a su amor de visita y era un terror para Pipo y Leonor porque Marcela empezaba a tener un apetito voraz y ni siquiera la palabra devorar es adecuada para describir cómo comía. ¡Pobres manos del matrimonio que todas las visitas tenían que estar lavando platos y más platos!

Nuestra amiga chismosa quería que él tuviera buenas relaciones con ellos para seguir disfrutando de esos manjares.

Justo esos pensamientos se le vinieron a la mente. Tan distraída se encontraba que cuando obtuvo consciencia de nuevo ya tenía sus panes en mano saliendo de la panadería. Esto la agarró de sorpresa pero volvió a estar inmersa en las musarañas, que cuando volvió a su casa hasta que el cartero, Don Panchito, la saludó, ella no se hubiese dado cuenta de su presencia.

- ¡Buenos días señora Marcela! ¿Cómo se encuentra? - dijo alegremente. - Buenos días Don Panchito. Muy bien, gracias por la pregunta. Lo veo de muy buen semblante, ¿Qué pasa? ¿Alguna novedad? - respondió. En parte esas preguntas las hacía con cierto doble sentido, porque recientemente había escuchado un chisme del reservado cartero.
- Pues le cuento que si Doña Marcelita. Justo le estaba dejando una carta, parece una invitación de la alcaldía. Chequela usted misma.

Esto decepcionó a nuestra protagonista. Ella quería saber, quería que la conversación hubiera tomado otro rumbo, otro tono, para hablar de ese rumor que había escuchado. Al parecer a Don Pancho no solo dejaba paquetes y cartas, sino también regalo especialmente a chicas veinteañeras que algunas salieron con su domingo siete.

Pero, era raro. Digamos que la alcaldía nunca se comunicaba así nomás con un ciudadano común como Marce. Bueno ella obviamente era casi una celebridad ahí pero espero sepan a qué me refiero. Ella no tenía un cargo importante entonces, esto no era lo común. Generalmente si tenían que decirle algo se comunicaban por un comunicado (¡valgo la redundancia!), jamás se enviaban cartas a menos que sea

algo extremadamente individual sobre un ciudadano.

- ¿Qué será? - expresó en voz alta.

Dejó su bolsa de panes en el piso y empezó a abrir el sobre. Sacó el papel de adentro y lo desplegó. Se dio cuenta que el cartero estaba de chismoso así que se despidió y entró a su domicilio. No le gustaba que fueran chismosos pero ella lo era. Recelosa la verdad.

La carta decía:

*Estimada señora Marcela de la Torre Peña aquí presente:*

*Le comunicamos que en exactamente una semana, del momento presente que se le haga llegar esta carta, queremos contar con su participación y presencia para el Festival a realizar de San Pedro y San Pablo.*

*Tenemos completa conciencia que tendrá otros colaboradores ya confirmados los cuales son, Concha de García Alvarado de DNI 12345768 y María Gracia Cáceres Chacón de DNI 86754321. Por tanto quiero aclararle que si decide aceptar esta posición tendrá que hablar directamente y constantemente por el tiempo definido en la carta con estas dos ciudadanas que conformarán la organización organizadora.*

*La alcaldía también promoverá parte de su personal para realizar la actividad de la forma más pronta posible.*

*Esperamos su respuesta a más tardar la mañana siguiente del día que usted reciba la invitación. Cuento que su ayuda sería muy apreciada por la comunidad.*

*Muchas gracias por su comprensión,*

*Ernesto de la Trinidad Distinta, alcalde de San Bartolo de Fátima II de la Concepción Purísima de Nuestra Señora Virgen María.*

Parecía que sus pies la manejaban porque sin dudarlo un segundo más salió de su casa con una gran velocidad dirigiéndose a la sede principal de la alcaldía donde confirmó con una amable secretaria su participación.

Por un momento le preocupó no ser capaz de ayudar a Juan porque su viaje era pronto pero justo, justo, justo, era dos días después del Festival. Habría suficiente tiempo entre ambas actividades.

Creo que hasta incluso se comprometió tanto con el trabajo que la semana

pasada volando. Y de un momento a otro ya era la noche, su trabajo arduo, difícil de una semana estaba dando inicio.

Toda la Plaza Central estaba vestida de espectaculares listones, luces, muchas flores e inundada de imágenes de los santos a celebrar. A pesar de ser una festividad entre muchas comillas, religiosa, todos andaban como si fuera un Festival normal. Habían ido a Misa en la mañana, habían dado su confesión, consumieron la hostia, ahora era el momento de “pecar”. Puro festejo por todas partes.

Marcela llegó acompañada de Juan. Pero nomás llegar el matrimonio se separó. Quién sabe dónde habrá ido el marido, pero la esposa fue directo a su amiga Concha que ayudó a la organización del evento.

Al estar cara a cara, ambas se saludaron.

- Amiga, verdaderamente el trabajo nos quedó pero espectacular. - recalcó Marce.

- Marcela, siempre te he conocido por ser alguien muy honesta. - dijo Conchi dándole una pequeña barrida acompañada de una sonrisa de oreja a oreja. - pero, me encanta que hoy día lo seas más que nunca.

Marce le sonrió sin haber analizado el significado, la malicia detrás de aquellas palabras de Concha.

Seguidamente estuvieron paseando y estando entre conversaciones con todo el mundo alrededor e incluso dándole la bienvenida a algunos.

Tenían una habilidad doble, poder conversar alegremente pero al mismo tiempo escuchar conversaciones ajenas. ¿El chisme más interesante de la noche? Hermes, ahijado del alcalde, era la persona con más cuernos de toda la velada. Ambas se deleitaron al saber esto, sus almas se regocijaron.

En un momento Marcela sintió como alguien se le acercaba. Era Juan. Le iba trayendo una copa de vino.

- Qué buen trabajo has hecho. - dijo. Considerando que era muy difícil obtener cumplidos de su marido, este le hizo sonrojar un poco.

- Gracias cariño.

- Es el mejor festival en mucho tiempo que ha habido en el pueblo. - Después de todo San Bartolo de Fátima II de la Concepción Purísima de Nuestra Señora Virgen María, es un lugar muy festivo.

Juan la vió y le dio una sonrisa. Casi una mueca.

- Bueno, voy a pasear por ahí. Te veo.

Le dio un beso a la mejilla y le dio una breve mirada a Concha que estaba pegada a su mejor amiga.

Justo las amigas ya estaban por iniciar una nueva conversación cuando el señor Ernesto, alcalde del pueblo, acompañado de María Gracia Caceres Chacón, una señora amada por todo el pueblo, venían en dirección de la dupla.

- Sin duda alguna esta es la mejor festividad que se ha celebrado en mucho tiempo.

Cuento con ustedes tres para una próxima oportunidad. - dijo Ernesto.

- Con muchísimo gusto señor alcalde, sabe que nosotras tres vamos a poner todo nuestro empeño para hacer que todos pasen un buen rato. - respondió María Gracia.

- Cuente con nosotras. Es un honor trabajar con usted. - dijo Marcela pensando en lo sobona que estaba sonando.

- Por favor chicas, esto es mérito suyo. El honor de trabajar con ustedes es mío. - respondió con una amplia sonrisa el líder del pueblo.

El grupo se puso a conversar por largo rato. Tuvieron que pasar varios minutos para que Marcela se diera cuenta que Concha había desaparecido. - Me disculpan un momento. - salió de la conversación dejando al alcalde y a la otra.

Se preguntaba dónde pudo haber ido su amiga. Ojala cuando volviera sus dos compañeros siguieran conversando para unirse de nuevo a la conversación con su Conchi.

Busco, busco y busco. No estaba en el centro de la plaza, cerca de la Iglesia ni siquiera estaba en el parque cercano al centro. ¿Dónde se había metido? Ya se andaba preocupando cuando volvió a pasar por la iglesia. Su instinto le dijo que entrara. A pesar de que no se estaba dando ninguna Misa, el Padre y muchos creyentes andaban tomándose fotos o incluso conversando.

Definitivamente esa Festividad era solo una excusa para que la tercera edad tuviera oportunidad de salir de fiesta.

Se dio dos vueltas por todo el establecimiento cuando noto algo raro. Una de los cuartitos de confesión tenía una pequeñita luz.

<<Que raro, el Padre es el único que confiesa y esa luz está prendida.>>

Era obvio que alguien estaba ahí adentro. No debía, pero quería saber quién estaba ahí. Seguro alguien que no es muy fan de las fiestas y decidió esconderse ahí. Quién sabe...

Sin pensarlo dos veces agarró el mango de la puerta de confesión para encontrarse con algo inesperado...

Muy inesperado...

Extremadamente inesperado...

Pensó que sus ojos la estaban traicionando por un segundo. Vio a Concha, su amiga, su confidente. También vio a Juan. ¿Qué? ¿Qué? ¡QUÉ! Empezó a sentirse mareada. Su cuerpo no daba más. Toda la ropa desparramada en el piso la veía como manchas enormes. Juan se acomodó los pantalones como pudo y la sostuvo en sus brazos. Marcela recuperó la compostura y le dio un empujón. Volteo a sus lados. Todos la estaban viendo. Una furia se convirtió.

En un segundo tenía a Concha agarrada de la mechas gritándole. Al otro la cogía para estrellar su cabeza contra las bancas de la Iglesia. Al siguiente, su pie estaba golpeando fuertemente a Juan en su zona prohibida.

Y finalmente la pelea se desató.

Muchos trataron de separar al trío. Marcela golpeaba a los dos salvajemente y no les daba tregua ni para defenderse. El Padre gritaba que pararan pero Marce sacó una fuerza abismal.

Todos ya sabían que había pasado, por la ropa que estaba tirada en el piso, Doña Concha a medio vestir, Juan con el cierre de su pantalón abajo y una esposa descontrolada era obvio: Hermes ya no era el cachudo de la noche, lo era Marcela. Muchos se rieron, gritaron, incitaron que la pelea siguiera.

Cuando por fin el alcalde vino por la multitud que se formó todo empezó a calmarse.

Resultado: Juan con varios rasguños en la cara, mil patadas en su estomago, ropa arrugada y un posible moretón en el ojo. Concha medio encuerada con los brazos y piernas rasguños gigantes y la cara roja de las mil cachetadas recibidas. Y Marcela tenía el pelo despeinado, su ropa arrugada con un pequeño moretón en su codo.

La chismosa del pueblo ya no era alguien que chismeaba, era alguien de quien chismeaban. No le importaba que la criticaran, la estaban humillando. Su marido y su mejor amiga la humillaron. Aunque todos empezaron a insultar a los dos amantes,

Marcela andaba destrozada. Sabía que todos iban a crear morbo con su desgracia.

Sus pies empezaron a andar solos y luego a correr. No podía ni llorar. ¿Cuándo pasó esto? ¿Por qué? ¿Aló? ¿De qué se había perdido? Escuchó como miles de voces la llamaban, incluida la voz del alcalde y de su aún amado Juan.

Los miles de sentimientos que sintió no parecían acabar.

Llegó al límite del pueblo donde se sentó en plena pista.

Se derrumbó.

Al fin entendió el daño que hacía con sus palabras. Sabía que mañana todos hablarían de ella, que todo sería el chisme más nuevo y jugoso. Iban a hablar de su humillación de un momento que para ella era privado.

No quería pensar más, no quería ver más. Pidió a Dios que la perdonará. No sabía que pasaría al día siguiente, lo único que sabía era que quería dormir. Se echó en medio de la carretera, cerró sus ojos y por fin durmió en paz. Solo sabía que mañana, que el día de mañana iría a cada casa de cada ciudadano que causó daño y pedir disculpas. Se dio cuenta que lo que le iban a hacer ella lo había hecho.

Juan en unos días se iría a la casa de su primo. Eso le daba alivio, no tendría que verlo y ya vería que haría con su ex mejor amiga.

Lo único que no pudo entender es... ¿Desde cuando Juan y Concha estaban juntos?

**FIN.**